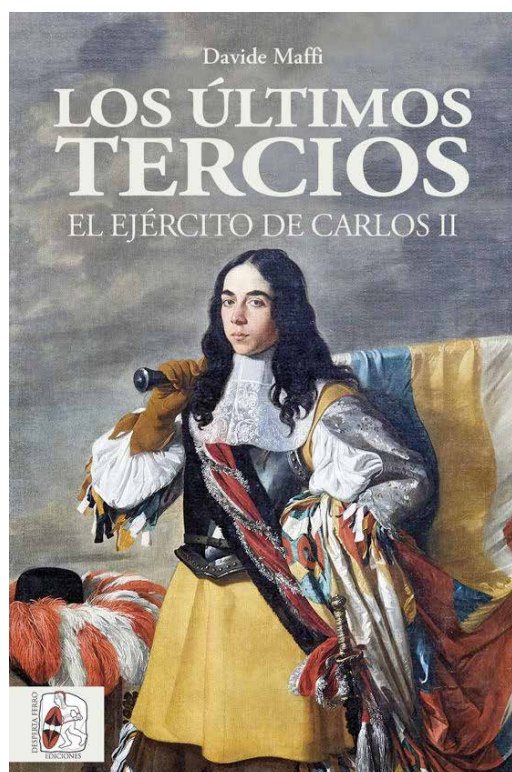


**Daide MAFFI, *Los últimos tercios. El ejército de Carlos II*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2020, 356 pp. ISBN: 978-84-121053-5-3**

Desperta Ferro Ediciones vuelve a uno de los temas clásicos de la historia militar como el de los tercios al publicar este libro del prestigioso hispanista italiano Davide Maffi. En esta ocasión no se narran las gestas de los tercios en Flandes durante el siglo XVI ni las campañas del Gran Capitán en Italia a finales del siglo XV, sino el papel de este ejército en el reinado de Carlos II, un periodo objeto de revisión historiográfica y sobre



el que el han pesado ciertos estereotipos y clichés al referirse al peso de la milicia (o del ejército), especialmente en un tiempo desafortunado para el imperio español. Se evidencia que un imperio en claro retroceso todavía tuvo que hacer frente a una serie de conflictos militares de envergadura y en los que la política demoledora de la Francia de Luis XIV estuvo muy presente.

El profesor Maffi, experto en historia militar de la monarquía de los Austrias, tiene una trayectoria ya muy dilatada en estas temáticas como ha venido demostrando durante los últimos años en sus publicaciones. Si las primeras tenían un enfoque militar y un ámbito italiano (*Il baluardo della corona...*, Florencia, 2007; y *La cittadella in armi...*, Milán, 2010), después se han incorporado las referentes a los últimos Austrias (*En defensa del Imperio...*, Madrid, 2014; y la que se ofrece en esta ocasión, *Los últimos tercios...*, Madrid, 2020).

Una breve introducción, quizá excesiva, abre el pórtico de un libro al que le siguen cuatro capítulos —con un tono misceláneo— a continuación. El primero de los mismos, con el título “La monarquía en guardia: las guerras europeas”, plantea el problema del final de la guerra de Portugal y se centra en las últimas campañas (1665-1668). Si hasta 1656 la frontera en el frente luso no había experimentado movimientos de tropas sustanciales, debido a la concentración de los esfuerzos en la guerra de Cataluña y en la frontera con Francia. Las derrotas en Ameixial (1663) y Montes Claros (1665) cuestionaron claramente las posibilidades españolas de recuperar el reino rebelde, cuya pérdida oficial se produciría el 13 de febrero de 1668

y es que los Países Bajos españoles, en plena guerra de Devolución, llevaban ya casi un año sufriendo los embates de las tropas de Luis XIV. La creación de una Triple alianza entre Holanda, Inglaterra y Suecia forzaría el acuerdo de Aquisgrán, obligando al rey galo a restituir alguno de los territorios ocupados, entre ellos el Franco Condado. Las guerras de Holanda, a mediados de los setenta, y la de Luxemburgo, comienzos de los 80, siguieron atestiguando la imparable expansión francesa, solo detenida tras la guerra de los Nueve Años (1688-1697) y el tratado de Rijswik (1697), que permitió la recuperación de algunos territorios perdidos después de 1678, entre ellos Luxemburgo y una serie de plazas en Flandes.

El segundo capítulo, con el título “Los ejércitos reales” está dedicado al arte de la guerra durante la segunda mitad del siglo XVII. La llamada “revolución militar” que afectó a la Europa de la primera Edad Moderna permitió atestiguar transformaciones de gran calado en este ámbito, entre ellas: el uso de la diferente potencia de fuego, un tipo distinto de fortificaciones y el aumento de las dimensiones de los ejércitos. Sin embargo, el uso de una determinada estrategia, el aparato logístico y los cambios propuestos en el arte de la fortificación desde la década de los sesenta del siglo XVII, así como el incremento del tamaño de las guarniciones, dibujaron un nuevo escenario en las campañas mantenidas durante las últimas décadas del siglo XVII. Evidentemente, disponer de más recursos en hombres y dinero podía garantizar la victoria en una extenuante guerra de desgaste.

La prudencia de los generales españoles y del Consejo de Estado, lejos de ser entendida como indecisión o falta de coraje para enfrentar los nuevos retos militares —como ha puesto habitualmente de manifiesto cierta corriente historiográfica— debe apreciarse en el marco de la tendencia general de los ejércitos europeos de la época (p. 104). El uso de estrategias defensivas, incluso en el caso de Francia, para evitar el choque campal dejó paso a los sitios y a las operaciones militares ligadas a ellos, es decir, a las llamadas “pequeñas guerras”, en las que cabía el asedio, el saqueo, la matanza de civiles y la destrucción sistemática de los recursos de un territorio. Se citan distintos ejemplos en Italia, Cataluña, África y Flandes, mientras el autor dedica unas detalladas páginas a la plaza de Milán —objeto de estudio que conoce muy bien— incorporando los datos de las fuerzas del ejército real en el Ducado entre 1661 y 1700. Sorprende, ciertamente, que el profesor Maffi defienda que a finales del siglo XVII el ejército de Carlos II podía alcanzar unos más que *generosos* 100 000 efectivos en servicio (p. 157). Por último, en América la Corona se apoyó para su defensa en una serie de baluartes y plazas, y en un reducido cuerpo de fuerzas regulares. La organización táctica también experimentó cambios desde mediados del siglo XVII, reduciéndose la composición de los tercios a entre los 500 y 1 000 efectivos y el de las compañías de infantería, entre los 80 y 100 hombres, importando el equipamiento de las unidades, el uso del mosquete de chispa —frente al mosquete de cerradura y al arcabuz— por su mayor alcance de tiro, el peso de la caballería y las reducidas fuerzas de la artillería.

A continuación, dedica un capítulo a los “soldados del rey” analizando el reclutamiento militar (las levas en la península) que pasó de ser, sobre todo, voluntario hasta la década de 1640 a las levas forzosas *sacadas* de las vecindades. Levas, por otra parte, de mala calidad y que debido al reparto efectuado entre los distintos territorios no siempre alcanzaban su destino final. Los ejemplos de los territorios de la Corona de Aragón —los reinos de Aragón, Valencia y el Principado de Cataluña— son lo suficientemente significativos para corroborar el problema del reclutamiento y de la desertión en la España Moderna. Entre las promesas de la colaboración de las instituciones regnícolas aprobadas en los servicios de las Cortes y la efectiva realización de los servicios puestos en campaña hubo diferencias sustanciales. Sin embargo, las tropas italianas —napolitanas y lombardas— y españolas —castellanas y aragonesas— resultaban muy apreciadas, como atestiguan su participación en los distintos frentes militares, mientras los contingentes más numerosos llegaban de las tropas valonas y flamencas, leales y fiables para el alto mando español. Las negociaciones con

las élites locales propiciaron en la mayoría de los casos mayor celeridad en la gestión de los reclutamientos y en el cumplimiento de los servicios. La aportación de los mercenarios (alemanes y suizos), muy apreciada en todos los ejércitos, y las de otras naciones como irlandeses, ingleses y escoceses, también aportaron —especialmente los irlandeses— notables contingentes al ejército de los Austrias durante todo el siglo XVII, sobre todo desde mediados de la centuria, cuando se hizo sentir la represión y persecución sobre esta comunidad por parte del gobierno de Cromwell. Este capítulo se cierra con unos anexos algo dispersos, que recogen desde las partidas de reclutamiento en la península a la composición de las tropas del ejército de Cataluña.

El último de los capítulos, “La carrera de las armas”, el más breve por su extensión, se centra en la progresiva desmilitarización y cierto alejamiento de los grupos privilegiados en el servicio de las armas, mientras se fue produciendo la incorporación —tras su ennoblecimiento— de una gran cantidad de burgueses, a la vez que se habían eliminado los valores presentes de la aristocracia castellana. ¿Crisis de vocaciones castrenses de las élites? No se puede afirmar esta premisa a tenor de los ejemplos que comparte el autor y que no dejaron a la aristocracia peninsular al margen del proceso de “remilitarización” de las élites que se había venido produciendo en las sociedades europeas de los siglos XVII y XVIII (p. 277). Tanto los italianos —cuya participación en el servicio les permitió promocionarse socialmente— como los flamencos y valones —de cuya larga tradición al servicio a la Corona tenemos numerosos ejemplos— siguieron teniendo una elevada consideración en un ejército que, sostenido en el “sistema del duque de Alba” y basado en el sistema de promociones, empezaba su ocaso a finales del siglo XVI hasta ser desmantelado de forma definitiva por el conde-duque de Olivares empeñado en una política que pretendía favorecer a los títulos nobiliarios. Las críticas a Olivares de algunos panfletistas de la época o de los arbitristas, lanzadas contra la cúpula militar y la ineptitud de los mandos militares, influyeron de manera negativa en la visión de los historiadores sobre las capacidades bélicas de la monarquía en el siglo XVII.

Las conclusiones, en un tono revisionista, sirven de cierre a un libro diverso a la vez que un tanto irregular —cuyos capítulos parecen encajar a modo de miscelánea— y donde se ofrece, a partir de los estudios de caso en los distintos territorios de la Monarquía Hispánica, un interesante material acompañado de cuadros, gráficos, ilustraciones, mapas y apoyo bibliográfico y de archivo. Davide Maffi se suma al revisionismo historiográfico —que particularmente comparto— y pone en tela de juicio cuestiones como la decadencia, la declinación o el declive del ejército español prefiriendo escapar de los tópicos referidos al mismo y que lo describen como el eslabón débil de toda la cadena, es decir, un instrumento militar ineficaz, anticuado y sobrepasado, en otras palabras, haciendo alusión a los *viejos fantasmas* del ejército de Carlos II. Ni la imagen de las tropas españolas a finales del reinado de Carlos II ofrecía un espectáculo tan desolador, ni en muchas ocasiones los rivales a los que se enfrentaba la Monarquía Hispánica parecían tener tanta ventaja. Por ello, aspectos tan importantes como la capacidad de resistencia, la adaptación del ejército a las necesidades de cada momento, la movilización de numerosos contingentes, el desarrollo de la ingeniería militar y las nuevas técnicas poliorcéticas, al margen del papel de la Armada también muy menoscabado, según el profesor Davide Maffi no han sido suficientemente revalorizados en su tiempo y han dejado todo el mérito —ciertamente interesado e inmerecido— en el escenario dibujado con el cambio de dinastía y la llegada al poder de Felipe V.

Porfirio SANZ CAMAÑES  
Universidad de Castilla-La Mancha  
porfirio.sanz@uclm.es  
<https://orcid.org/0000-0001-7754-5293>